



▶ **Rafael Arráiz Lucca**
Director General del
Centro de Estudios
Latinoamericanos Arturo
Uslar Pietri CELAUP

**Academia Venezolana
de la Lengua
correspondiente de la
Real Española.**

Discurso de Incorporación
como Individuo de Número
de
**Don Rafael Arráiz
Lucca.**

Contestación del Académico
**Don Oscar Sambrano
Urdaneta.**

Acto celebrado el día
14 de noviembre de 2005
en el Paraninfo del Palacio de
las Academias Nacionales.

Caracas/ 2005

La ciudad en la literatura venezolana: **¿arcadia o infierno?**

Señor Presidente de la Academia Venezolana
de la Lengua.

Señores Individuos de Número

y Miembros Correspondientes de la Corporación.

Señores Integrantes del Cuerpo Diplomático.

Señores Directores de las Academias Nacionales.

Señores Rectores, Vicerrectores y Decanos

de las Universidades Venezolanas.

Colegas profesores.

Estimados alumnos.

Señoras y Señores:

Al bajar de este púlpito desde dónde hablo, el mismo en que Antonio Guzmán Blanco, previa autorización de la Real Academia Española de la Lengua, creada por Felipe V en 1714, fundó la primera de las Academias Venezolanas el 26 de julio de 1883, ocuparé el sillón letra V que dejó vacante Don José Luis Salcedo Bastardo, sillón para el que he sido elegido por generosa unanimidad de mis ahora colegas académicos, y razón por la que expreso uno de los vocablos que más nos dignifica pronunciar y escuchar: gracias. Bien sea porque las damos a quien nos ha

favorecido o bien porque las escuchamos como fruto de nuestras acciones, en ambos casos, es un vocablo que nos ilumina el rostro y abre las puertas del diálogo y el entendimiento. Y eso, hablar y entenderse, hablar y disentir, siempre en faena pedagógica, es lo que se hace en la Academia hoy, y se hacía en el tiempo en que en torno a Platón se reunían sus discípulos y, entre todos, se entregaban al arte de conversar en los jardines de Academo. Entre los alumnos estaba su sucesor, Aristóteles, quien luego fundó el Liceo, en continuación de la obra de su maestro, y en donde también se discutió, y se afilaron los preciosos cuchillos de la argumentación, siempre en combate de ideas, y buscando alejarse de las falacias *ad hominem*, con demasiada frecuencia a la orden del día. La piedra sobre la que se levantó el mundo occidental es la del diálogo que convocaba Platón, y luego Aristóteles. De allí venimos, dialogar y pensar son tareas tan afines que forman parte del mismo fervor: arrojar luz, mucha luz, toda la luz que se pueda.

Arrojar luz sobre la figura histórica de Bolívar fue lo que se propuso mi antecesor en el sillón V, a ello le dedicó buena parte de sus fuerzas intelectuales, pero también las empleó en la comprensión de la historia de Venezuela y otros de sus personajes, entre ellos Francisco de Miranda, Andrés Bello, Antonio José de Sucre, Luis López Méndez, Cecilio Acosta y Egidio Montesinos, con el empeño que caracterizó su vida de investigador y la de hombre público, universo en el que cumplió con honestidad altas tareas en el tejido de las instituciones del Estado. Sus obras, *Bolívar, un continente y un destino* (1972) e *Historia fundamental de Venezuela* (1970) han sido impresas más de una docena de veces, y siguen siendo referencia básica para quien penetre en la selva bolivariana o en la nacional. Por otra parte, este sillón en el que me sentaré a trabajar, se estrenó con la figura entrañable de Pedro Sotillo, quien se entregó al periodismo y la poesía, y acompañó sus tareas con la práctica natural de la amistad, esa que trabó, entre otros, con mi padre, Rafael Clemente Arráiz, y que los llevó durante años a compartir las salas de redac-

ción de los periódicos, escribiendo, dando noticias, interpretando los hechos y los libros.

Es hermoso recordar que Platón fue el primer académico, y que aquella práctica conversacional se extendió por el mundo y se transformó en escuelas, colegios, liceos, universidades, centros de investigación, talleres, siempre dentro del marco de la *polis*, aquel ámbito donde quienes se ocupaban de sus asuntos vitales y funcionales, comenzó a convenirse en que se dedicaban a la política. Fue allí donde el hombre experimentó por primera vez con la democracia, y quedaron sentadas las bases que cerca de dos mil años después retomaron los pensadores del Liberalismo, fraguando sobre ellas tres revoluciones capitales, en orden cronológico: la independencia de los Estados Unidos de Norteamérica, la Revolución Francesa y la independencia de las provincias españolas en América, y la consecuente fundación de las repúblicas sur y centro americanas. De modo que la República en la que hablamos es hija de las ideas liberales de ingleses, escoceses y franceses, que fueron alimento determinante del plan mirandino, primero, después del proyecto esbozado por Juan Germán Roscio en el Acta de Independencia y en la primera Constitución Nacional y, finalmente, del que adelantó Bolívar, con su caudal de logros titánicos, y su catálogo de maravillas y errores.

Para el momento de la creación de la República de Venezuela la mayoría de las ciudades y pueblos ya habían sido fundados. Hecho que por sí solo desmiente la leyenda negra según la cual los españoles vinieron a estas tierras, exclusivamente, a buscar El Dorado, a avenirse frenéticamente con las indígenas y a expoliar a los aborígenes. Las tres cosas ocurrieron, ciertamente, pero junto a ellas también se levantó un mundo que buscaba la permanencia y la institucionalidad. Las ciudades las fundaron ellos, es decir, nosotros, porque tampoco podemos abonar la tesis según la cual todo nació con la independencia, y los venezolanos posteriores no tuvieron vínculos con los de antes, como si hubiesen surgido de una esfera impoluta. Ya es hora de que nos desembaracemos de estas interpretaciones infantiles que conducen a tantas injusticias

y desafueros, y a la comisión de tantas heridas que sólo hierven en el imaginario de los artífices de la división. Estos límites son falsos. Hay que desmontarlos para advertir las líneas de continuidad y las rupturas, que obviamente también las hay. Había mucha sustancia española en toda la generación de independencia, como había mucha sangre del caudillo árabe en el conquistador español. Y, por supuesto, mucha sangre negra e indígena en la combinatoria poblacional nuestra. ¿Acaso a los Bolívar no les negaron el título nobiliario por lo que se denominó “el nudo de la Marín”, es decir, la tez morena de Josefa Marín de Narváez, la bisabuela del Libertador? Cualquier ajuste de cuentas que se instaure sobre la liquidación y el desconocimiento de la tradición, está condenado al fracaso, tarde o temprano. Trescientos años de colonización no pasaron en vano, y fueron muchas las instituciones coloniales que quedaron en pie, gracias a su pertinencia y vocación, entre ellas la ciudad.

Durante el siglo XVI el conquistador español fundó las ciudades principales. Entre 1515 y 1569 se estableció la cuadrícula urbana de diez de las principales urbes de la actualidad. La tarea avanzó enormemente durante el siglo XVII y necesariamente amainó durante el XVIII, cuando ya casi no había en el horizonte más pueblos y ciudades por crear. Se cuentan con los dedos de las manos las ciudades que se han levantado en Venezuela en su período republicano, y ninguna de ellas alcanza mayor relevancia, salvo Ciudad Guayana, diseñada y fundada durante el segundo gobierno de Rómulo Betancourt. La ciudad en la que vivimos fue establecida por un contingente de cerca de trescientos tocuyanos y barquisimetanos, comandados por mi antepasado Diego de Losada, en aquel valle bucólico de los Toromaymas del que, felizmente, queda el Guaraira Repano con que lo identificaban los indígenas.

La obra colectiva, y física, capital de la civilización occidental es la ciudad; la metafísica, es la lengua. A ambas las construimos todos, generación tras generación, como tributarios de un río, y ambas se transforman sin cesar, y sólo dejan de hacerlo cuando fallecen, cosa que también ocurre.

La urbe en nuestras letras.

No es gratuito que el poema fundacional de la poesía venezolana, silva a *La Agricultura de la Zona Tórrida* (1826), haya versado sobre lo que no ocurre en la ciudad: el trabajo agrícola, pero comprendemos perfectamente que don Andrés Bello estaba urgido por la necesidad de sentar las bases de una sociedad de trabajo, distinta a la de la guerra, para la que la vuelta al campo en su faceta laboral, no en la guerrera, era indispensable. Bello, muy a tono con su tiempo, recoge la idea según la cual las virtudes estaban en el trabajo de la tierra, y no en el fragor de las ciudades. ¿Virgiliano? Sin duda, pero también puede decirse que cristiano, en la medida en que Jesús predicó contra los poderes aposentados en la urbe, tanto el político como el religioso y el comercial, y exacerbó las virtudes campestres. La operación se presta a confusiones: Bello, inmerso dentro de la cultura judeo-cristiana que tiende a condenar a la ciudad, por ser espacio tomado por el pecado, no podía sentenciar a la ciudad por lo que era, al fin y al cabo vivía en Londres y crecía intelectualmente allí, sino por lo que en ella podía entronizarse y, también, porque advertía que el trabajo no estaba allí, sino extramuros en las faenas del campo. Sería imposible afirmar que un hombre que trazó el círculo de una obra intelectual monumental, detestaba a las ciudades, cuando la mayor parte del conocimiento ha emergido de las instituciones urbanas, pero no deja de ser cierto que cuando imaginó un programa para las repúblicas nacientes, pensó primero en el sustento del campo, de donde provendrían los insumos para la construcción de lo otro, lo urbano. Además, no podemos olvidar que antes de la silva a la que venimos atribuyéndole su carácter fundacional, dada su radical importancia, el propio Bello acometió poemas de menor aliento, antes de irse a Londres, precisamente de tema caraqueño, y quizás sea el primer autor que menciona a la capital como lo hizo él. En cualquier caso, la gran poesía venezolana se inicia con un poema que no le canta a la ciudad, sino a su contrario. ¿Desde entonces, este sino nos persigue? Si y no.



La literatura romántica que impera entre nosotros a lo largo de casi todo el siglo XIX, y que fue inspiración anímica de la gesta independentista (¿acaso Bolívar no fue un típico héroe romántico?), propendió a cualquier exaltación de la ciudad: bien para negarla o para elogiarla sin medida. Pero si tomamos como representante al más interesante de nuestros poetas del siglo XIX, Juan Antonio Pérez Bonalde, de quien José Martí creía era el primer poeta del movimiento modernista, así lo afirma en su prólogo al "Poema al Niágara" (1880), tendremos una exaltación más en registro romántico, que en el de precursor del modernismo. La ciudad arcádica que pinta Pérez Bonalde en su aproximación a Caracas se ensombrece de pronto por el recuerdo de la madre muerta en su ausencia, entonces el paisaje se imanta de sentimentalidad y se esfuma ante la tumba materna en el cementerio. El contraste es eficiente: un valle verde, salpicado de amables techos rojos y el vuelo de las palomas, de pronto es suplantado por el llanto de la muerte, y se hace delicuescente en una atmósfera de subjetividad. Hasta allí Caracas esplende de manera explícita en su obra poética, aunque en la contemplación de la ferocidad del Niágara también puede evocarse por oposición el apacible Guaire, pero ya esto es hilar fino, cosa que de hacerlo, estas páginas no alcanzarían para tejer y tejer hipótesis.

En el comienzo del siglo XX Francisco Lazo Martí invita a un amigo a regresar al llano, al que llama, curiosamente, "tus pampas", y a la par que hace el elogio del terruño, denosta de las cumbres con inquina y, también, desliza un juicio moral sobre la ciudad. No de otra manera puede interpretarse aquello de:

*"Deja que de los años la faena
los palacios derrumbe
donde el placer es vórtice que atrae
y deslumbrada la virtud sucumbe."*

Del mismo tenor condenatorio proviene:

"No más de insano amor en los festines."

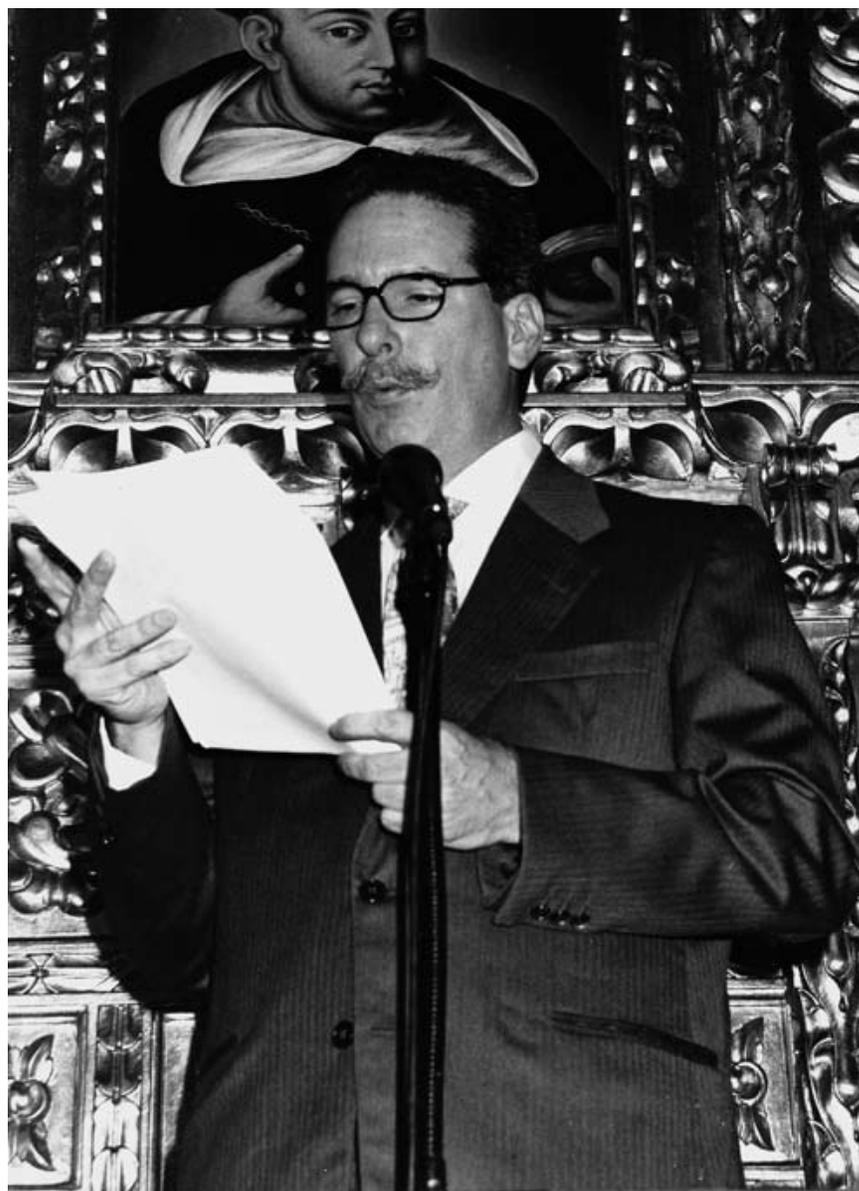
Es suficiente con dos citas para señalar lo curioso de la operación lazomartiana: se exalta el llano, la vida sana del campo, donde bullen las querencias, pero para hacerlo se sancionan sus contrarios: los montes y la urbe. Los primeros porque son "pantallas" que impiden otear el horizonte, y la segunda porque es el recinto de la perdición en boca y fiesta del pecado. Va mucho más allá que Bello, que no denostó expresamente, sino que exaltó la zona tórrida, sin que por ello fueteara a sus antónimos. Con todo, conviene señalarlo, la "Silva Criolla" (1901) es un largo poema de no pocos logros formales, de giros de singular belleza, que no pasa por mi cabeza negar. Me interesa señalar, eso sí, el lugar de la ciudad en el texto, en cierto sentido una vuelta de tuerca, larga y profunda, de lo asomado por Bello.

Pero Lazo Martí no está solo en su prédica. ¿Acaso dentro del proyecto criollista la ciudad no es prácticamente inexistente? ¿No es lo criollo el campo, las faenas rurales, de manera casi exclusiva, por no decir exclusiva, en aras de un mínimo resquicio de duda? Pues sí, la obra de Urbaneja Achelpohl, por ofrecer un solo ejemplo, se cuece naturalmente en este concepto de lo criollo: la comarca agrícola, el hombre a caballo. Y contra aquella insistencia se pronunciaron los jóvenes de la generación de 1928, con Uslar Pietri a la cabeza y *Barrabas y otros relatos* (1928) como punta de lanza. Pero, al huir del criollismo hacia dónde apuntó el joven Uslar: hacia un tema bíblico, y luego una vuelta al campo. El lenguaje fue otro, es cierto, pero la ciudad no irrumpió ferazmente en el espacio del relato uslariano, tampoco ocurrió lo mismo con sus compañeros de manera significativa. Luego, ciertamente, la ciudad fue entorno de dos de sus novelas: *Un retrato en la geografía* (1962) y *Estación de máscaras* (1964). Cambió el lenguaje, pero el escenario y los temas siguieron siendo venezolanos en sus cuentos, y lo venezolano no incluía a la ciudad en lo inmediato.

Conviene recordar que esto guardaba cierta lógica: al comenzar el siglo XX la composición poblacional nacional era de un 80% de la gente en el campo, y apenas un 20% en las ciudades, el petróleo no había comenzado a cambiar este panorama que, al día de hoy, es exactamente inverso: 86% de los venezolanos vivimos en ciudades, y cerca de un 14% en el campo. Se me puede decir, si se quiere, que habría sido una curiosidad abordar un universo que recogía una experiencia minoritaria, lo acepto, pero lo curioso es que las más de las veces el abordaje se efectuó para condenar la urbe, como el lugar exacto del que habían emigrado las virtudes y del que se había adueñado el pecado.

Por otra parte, un año antes de la eclosión vanguardista, el extrañísimo Julio Garmendia publica en París *La tienda de muñecos* (1927): conjunto de relatos que no se afilian al criollismo por ninguno de sus costados y, además, en su mayoría ocurren en espacios pequeños, en habitaciones urbanas desde donde la imaginación alza vuelo hacia construcciones fantásticas. Garmendia estuvo viviendo en Europa entre 1923 y 1939, y ni siquiera estando aquí parece probable que participara de estas empresas literarias colectivas, ya que no se avenían con su carácter. Quizás esa prolongada ausencia influyó en que en algunos manuales de literatura venezolana no se consideraran sus cuentos como obras vanguardistas, cuando en verdad lo eran plenamente, sobre todo si tomamos en cuenta que el vanguardismo considerado pasaba por la búsqueda de otros espacios y decires, distintos al criollismo, para la ficción y la poesía.

Si bien *Áspero* (1924) de Antonio Arráiz es tenido como un poemario hito, que abrió unas puertas hacia otros campos, lo cierto es que lo urbano en él no se asoma plenamente, cosa que sí ocurre en *Parsimonia* (1932), donde en el poema "Amo el amplio garage", se examina la faena del mecánico de automóviles; mientras en "La boina del estudiante" se exalta la tarea pedagógica y rebelde, netamente urbana. En el texto "La esquina de Jesús" se le canta a Caracas; en "Veintidós futbolistas" se



exalta el fútbol, y ésta ha debido ser la primera vez que poeta alguno en Venezuela poetizó el balompié. "En la muchacha que juega tennis" se confiesa una cierta admiración erótica por la jugadora que salva la malla con la raqueta y la pelota; y la lista continúa y le da pie, años después, al canto de Aquiles Nazoa, caraqueño sanjuanero que se adentró en el alma citadina y se asomó en casi todos los recodos de la urbe, con un humor desacralizante y festivo, a la vez. Contemporáneamente al canto de Arráiz, el de José Antonio Ramos Sucre, como sabemos, se entonaba en otro registro. El cumanés enmascarado trabajó la ciudad, incluso pareciera que una de sus máscaras hablara de Cumaná, pero la ciudad que urdía el gran poeta era más arquetipal que específica. En todo caso, no esplendió en su obra la ciudad contemporánea, sino la de otros tiempos.



En la novelística de Rómulo Gallegos la ciudad es escenario primordial en *La trepadora* (1925), mientras en *Doña Bárbara* (1929) y *Canaima* (1935) lo es por ausencia, o a través de algunos de sus personajes. Puede afirmarse que la Venezuela simbólica que encarna en las tramas de ambas novelas registra al personaje ciudadano, no muy bien considerado en su estirpe, por cierto, pero en ningún caso puede señalarse que la ciudad fue tema central de estas obras. No deja de ser paradigmático que el personaje trepador se proponga su ascenso en Caracas: ¿otra vuelta de tuerca sobre el torno de la satanización de la ciudad como espacio de la ruindad? Pues bien puede pensarse así, aunque tampoco puede hablarse de una idealización de algún ámbito particular por parte de nuestro primer, y completo, novelista.

Es sumamente interesante observar en la obra de Teresa de la Parra cómo, al ceñirse a la materia de sí misma, la que le era más cercana y por ello novelable, la intimidad y sus vericuetos mentales brilló con fuerza, al margen del campo de batalla, de la épica de los grandes relatos, y la linterna enfocó en el espacio de la casa: eje de la memoria femenina, vientre de su psique. Emociona comprobar que la sustracción de la épica, que imponía la condición femenina de su tiempo, le permitió profundizar en otras zonas del alma, esas que para adentrarse en ellas, requieren soledad y silencio, habitación y más habitación o, como ella misma confesaba: fastidio y más fastidio. De modo que la poética de de la Parra va a emanar de la precariedad del espacio habitacional, que es la contraparte del espacio colectivo urbano, pero es tan urbano como

éste, suerte de complemento y expresión de los verbos propios de la ciudad: entrar y salir.

Los aires de apertura que trajo la Presidencia de la República de Eleazar López Contreras en 1936, abrieron la espita y el aire comenzó a correr. De hecho el emblema del grupo *Viernes* fue la Rosa de los Vientos de los marineros. Entre sus integrantes hubo uno, en particular, que asumió el entorno urbano como *leit motiv*, me refiero a Luis Fernando Álvarez. En su obra, salvo prueba en contrario, aparece por primera vez entre nosotros la idea de la ciudad como escenario de la alienación y la violencia, ya no del pecado que la satanizó anteriormente, sino de la deshumanización que cunde en ella, de su condición excluyente, de su miseria. El destino del ciudadano es huir, huir de aquel espacio espantoso donde se le hiere. El punto de inflexión es significativo: pasamos de la condena moral a la sociológica, a la que entiende el ámbito urbano como indiferente a los requerimientos de la psique, como un espacio netamente hostil. Cierta giro surrealista, digo cierto solamente, asomó en la poesía de Álvarez, cosa completamente natural en su contexto grupal: fueron los integrantes de *Viernes* los primeros en metabolizar el surrealismo entre nosotros. El poemario al que aludo es *Soledad contigo* (1938), y en él se afirma:

“La ciudad apoya todo su horrible pie sobre mi espíritu.”

Poemas en prosa, por cierto, en la tradición que entre nosotros inauguraron José Antonio Ramos Sucre y Salustio González Rincones, y que nació en Francia, de la mano de Aloysius Bertrand, pero que llevaron a la cúspide Baudelaire y Rimbaud, poetas malditos cuya influencia se hace patente en la obra de Álvarez.

Ya pasada la mitad de la centuria, Salvador Garmendia encara la ciudad desde otra perspectiva. Busca darle voz al ciudadano anónimo, en particular al que vive en pensiones en el centro de Caracas, el que ha hecho el viaje clásico del interior a la capital bus-

cando otro destino, el que en la no pertenencia de la vida inquilinaria rememora sus raíces, y el mundo se le hace extraño a ratos, y amable a ratos, también. El proyecto narrativo de Garmendia no se inicia con una toma de partido, se deja llevar por la relación de los hechos, la voz hablante es más proclive a la duda, a la experimentación. Aquella Caracas a mitad de camino entre el pueblo grande y la metrópolis está allí, en la narrativa garmendiana, en sus libros *Los pequeños seres* (1959), *Los habitantes* (1961), *Día de ceniza* (1963) y *La mala vida* (1968).

También está Caracas en la obra narrativa de Adriano González León, en particular en un título que de por sí es un libelo contra la urbe: *Asfalto-Infierno* (1963), suerte de grito anti-urbano que denuncia la pérdida de la individualidad en el entorno citadino. Y su novela, *País Portátil* (1968), también ocurre en el contexto caraqueño. En ambos casos, la denuncia de la urbe, de sus desigualdades e injusticias es evidente.

Tanto la obra de Garmendia como la de González León, en particular la acometida en la década de los años sesenta, encuentran pie en la de Guillermo Meneses, quien en la década anterior acometió el entorno urbano con pertinencia. La ciudad está en su obra como personaje, no como trasfondo espacial, sino en la sangre de sus máscaras, así como en la espesura de un ensayo dedicado a Caracas, su historia, anatomía y psicología. Pero no me propongo penetrar en el universo ensayístico nuestro, donde serían joyas algunas lecturas de la capital de Enrique Bernardo Núñez, Mariano Picón Salas, Arturo Uslar Pietri, Juan Liscano y José Ignacio Cabrujas, y no lo hago porque no me propongo un inventario completo o hiperrealista, sino un retrato impresionista, unos trazos simbólicos, más inclinados hacia la poesía y la ficción que hacia el análisis ensayístico. Tampoco me adentro en el texto teatral, que siempre me ha parecido arduo de comentar desde la perspectiva literaria, cuando sabemos que su realización depende de otros factores (actuación, escenografía, dirección, vestuario) que no se cuecen en el horno de la escritura.

Entre los integrantes de la generación de los años sesenta, uno hace del tema urbano el centro de su poética. Hablo, naturalmente, de la obra de Juan Calzadilla. Nadie entre nosotros ha poetizado de manera más persistente la condición del hombre en la ciudad. No digo que el centro de su obra sea la ciudad como tal, sino lo humano dentro ese espacio que para Calzadilla es, más que ingrato, infernal. Contaminación, deshumanización, alienación son algunas de las calamidades que el poeta le atribuye a la ciudad, y en ella la soledad del hombre, al borde del precipicio del absurdo, vapuleado, preterido en su condición de transeúnte sin respeto por sus derechos. En la poesía calzadilleana el vínculo entre el ciudadano, en su condición espoleada, y la urbe, es el de dos eslabones de una cadena. Su lenguaje epigramático contribuye a hacer de la poetización de esta relación una pieza eficiente en sus propósitos. El espacio para la ambigüedad no lo crea el lenguaje, que en su obra es directo, sino el ingenio paradójico con que el poeta observa realidades. En este sentido, su poesía es reveladora de relaciones subrepticias, de conexiones inesperadas, que en muchos casos se develan con recursos humorísticos o sarcásticos, cuando no irónicos o abiertamente agresivos. No está el campo en su obra, pero cómo está el campo en su obra, si tan sólo imaginamos el antónimo de la desolación urbana que trabaja. Calzadilla, además, delinea un personaje al que suele dirigirse: el ser urbano, constreñido y sacudido, suerte de doliente, herido permanentemente por las espinas de la urbe.

La obra narrativa de Francisco Massiani, breve y fulgurante, recoge ese mundo urbano con belleza y exactitud. Sin culpas ni condenas de la ciudad, el narrador trabaja la vida juvenil, de iniciaciones de todo tipo. La Caracas de los años sesenta respira a sus anchas en sus páginas. Un relato como "Un regalo para Julia" (1970) ya era reconocido por todos como una joya de precisión y belleza, mientras la novela *Piedra de mar* (1968) agotaba más de una edición cada año, siendo lectura sugerida en el bachillerato nuestro. Con Massiani, la voz de la clase

media, que jugaba fútbol y educaba a sus hijos con esmero, tenía voz, la más hermosa de las voces, que emergía de la verosimilitud.

El último cuarto de siglo.

Hasta aquí he escogido obras representativas. Si el propósito de este discurso fuese exhaustivo, incluiría algunos momentos urbanos de la poesía de Alfredo Silva Estrada, otros de la de Víctor Valera Mora, casi todos de la de William Osuna, y no podría detenerme en las narraciones de *Terrícolas* (1987) de Ángel Gustavo Infante y en varios relatos de José Balza, así como en su novela *Después Caracas* (1995), porque son posteriores al momento en el que me encuentro: finales de los años setenta, tiempo en el que la práctica del taller literario llegó a Venezuela, gracias a la experiencia que Domingo Miliani había tenido en México y, afortunadamente, sembró en el Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos (CELARG). De allí a las universidades el paso fue veloz, y de la universidad a la quinta *Calicanto* de Antonia Palacios, también lo fue. Por nuestra parte, en la Universidad Católica Andrés Bello nos habíamos advertido los afines, como suelen hacerlo los perros del mismo barrio, y habíamos iniciado una dinámica de taller semanal que condujo a la creación de un grupo: *Guaire*. Esto ocurría al mismo tiempo en que varios miembros del taller *Calicanto* formaban otra agrupación: *Tráfico*. Las diferencias entre ambos grupos no fueron determinantes, pero sí hubo matices.

Los que integramos *Guaire* nacimos en Caracas en los últimos años de la década de los cincuenta o los primeros de la década de los sesenta. Ninguno había tenido la experiencia de la vida en el campo, ni había trazado el periplo que trazaron muchos de nuestros padres, quiero decir, el desplazamiento de un pequeño pueblo del interior a la metrópolis. Todos habíamos crecido en Caracas y, salvo Armando Coll, ninguno había vivido, aún, fuera de la capital. Nelson Rivera, Luis Pérez Oramas, Leonardo Padrón, Alberto Barrera Tyszka, Javier Lasarte y quien esto escribe, éramos muchachos urbanos, pues, que no

entendíamos bien cómo era aquello de que la ciudad era sólo un infierno, cuando ese “infierno” había sido, también, nuestro paraíso. Nos buscábamos en nuestra literatura y, salvo excepciones, no nos hallábamos ni interpretados, ni retratados en aquellas lecturas desoladoras de la ciudad en donde habíamos crecido. El otro aspecto que nos identificaba, que tampoco hallábamos claramente expresado en nuestra literatura, era el hecho de que habíamos crecido en un país civil, que tejía la red de un sistema bipartidista, en el que los militares eran una suerte de episodio de otros tiempos, que creíamos que nunca volverían. Ustedes comprenderán, pues, que nuestras vidas han estado signadas por las sorpresas. El militarismo autoritario estaba vivo, los partidos políticos se vinieron al suelo, y puede decirse que de aquel cercano mundo de 1980 al de hoy, las cosas han cambiado tanto que a veces uno cree haberse mudado de país sin advertirlo, y que han pasado siglos y no años. Pero esto es una ilusión: en el fondo estamos experimentando la misma venezolanidad que emanó después de la guerra de independencia: ¿Acaso las dificultades para institucionalizar una república hoy, no son similares a las del siglo XIX? ¿Acaso el proyecto de jugar -lo digo sin ironía- a ser ciudadanos, que viven en un sistema de separación de poderes, donde se respetan los derechos humanos, y se eligen gobernantes limpiamente, no es el mismo del siglo antepasado y el pasado?

El proyecto que nos animó, el de darle voz a unos habitantes complejos de la ciudad, ni sufrientes de un infierno, ni propietarios de una arcadia, estuvo cazado con otro proyecto, ya no de orden político sino propiamente estético. La voz conversacional, directa, híbrida entre poesía y narrativa, era escasa entre nosotros. Cierta etapa de la poesía de Joaquín Marta Sosa la cultivaba, la hallábamos en la dicción de William Osuna y, junto con nuestros intentos, Alejandro Oliveros entregó *El sonido de la casa* (1983), un poemario claramente influido por la poesía norteamericana. Esa voz, que en la poesía anglosajona había surgido insis-

tentemente, la voz que se entona desde el discurso mestizo poesía-narrativa, que también ensaya en el texto poético, fue la voz para la que nosotros quisimos abrir puertas y ventanas. Lo logramos. Incluso creo que ya se ha producido una retórica del discurso, abusando de sus posibilidades y mecanizando formulariamente sus postulados. La calle, la vida cotidiana, la estética urbana entraron en el espacio del poema con nuevos bríos a través de nuestras revueltas grupales. Concluida la experiencia, hacia 1984, cada quien tomó su camino y continuó, cuando fue el caso, con su trabajo literario. Además, nuestra proposición grupal coincidió, y contribuyó, con una revisión del universo de la casa en la poesía venezolana de distintas generaciones. El inolvidable Juan Liscano adelantó *Domicilios* (1986), Hanni Ossott *El reino donde la noche se abre* (1985), Luis Pérez Oramas *Salmos (y boleros) de la casa* (1986) y, quien les habla, *Terrenos* (1985), todos sin proponérselo en abierto tributo a ese libro extraordinario de nuestra lírica, y principal antecedente de la poesía urbana de estos años: *La casa por dentro* (1965) de Luz Machado, conjunto poético insoslayable a la hora de comprender, además, la voz femenina de los últimos veinte años.

Después de la apertura nuestra, la voz femenina emergió como un verdadero fenómeno no buscado ni planificado. Treinta o cuarenta voces entonaron sus cantos, y en muchos de ellos la ciudad es sustancia de la vida doméstica, la sentimental, la erótica de estas mujeres poetas, que levantaron sus versos a partir de 1985, año en que el punto de inicio de este fenómeno tuvo lugar, con la publicación de varios poemarios claves. Es evidente que esta eclosión guarda relación con otro fenómeno que comenzó en la década de los sesenta: la participación activa de la mujer en los estudios universitarios. En apenas cuarenta años la proporción de mujeres en centros de educación superior pasó de un 10% a un 50% y, en algunas zonas del país, llega hasta un 60%. Ésta, y no otra, es una verdadera revolución entre nosotros.

Por cierto, estos prodigios de los que vengo hablando tuvieron lugar en una provincia, en muchos sentidos, relegada, en la que se creó el Seminario de Santa Rosa en 1725, cuando en Santo Domingo, México, Lima, Guatemala, Bogotá, Quito y Córdoba las universidades tenían para entonces hasta dos siglos de haber sido fundadas. En este país que luego dio pasos agigantados, salvando las enormes distancias que nos llevaban otras naciones, la imprenta llegó en 1808, después de todas, escúchese bien, todas las ciudades importantes de América, salvo Guayaquil, en donde llegó en 1810, y Costa Rica, en donde se instaló en 1830. Tardíos fuimos en muchos aspectos, por ello nuestros logros colectivos son más asombrosos. ¿Pasos hacia atrás? Varias veces. La Venezuela que sobrevive a la guerra de independencia es tierra yerma y ahora, sin ir más lejos, venimos dando pasos de cangrejo y nos sumimos en túneles que creíamos clausurados.

Reflexiones finales.

Permítanme concluir con algunas breves reflexiones. Es evidente que las relaciones entre la ciudad y la literatura en Venezuela no han sido edénicas. Es perfectamente posible establecer un vínculo entre este hecho y otro de mayor alcance todavía: el proyecto republicano no ha sido fácil entre nosotros. Menos fácil todavía ha sido el trámite entre la vida democrática y nuestra línea de tradición autoritaria. La ciudad, como construcción comunitaria, a medida en que se avanza hacia la modernidad, es forzosamente un ámbito que obliga al juego de deberes y derechos, de respeto y tolerancia, y nuestro espíritu atávico, el menos educado que nos coloniza, hala la cuerda hacia sus improprios y sus arbitrariedades. Quizás la dificultad mayor en el diálogo literatura y ciudad entre nosotros, estriba en que el tránsito lo hicimos muy rápidamente, como una exhalación insuflada por la espita petrolera, y todavía estamos metabolizando el envión que dimos en apenas dos generaciones, cuando pasamos del machete y el caballo, al automóvil y el teléfono celular. La mía, por ejemplo, y si aceptamos el concepto

generacional de cada veinticinco años, surge en un momento en que sólo podía brotar una generación así. Formamos un grupo en el que todos habíamos nacido aquí, cuando Caracas ya no era un pueblo grande, la televisión estaba encendida el día en que abrimos los ojos, y en las salas de cine se estrenaban películas todas las semanas. El día en que una nave norteamericana alunizó y un astronauta dio pasos de ganso sobre la superficie de la luna, éramos niños de siete u ocho años. Cuando Internet se popularizó, éramos jóvenes aún, como para poder afirmar en el futuro que ese avance insólito de la humanidad perteneció a nuestro tiempo. Cuando comenzamos a escribir, ya era un hecho lo que hoy se ha profundizado todavía más en el planeta: la aventura del hombre sobre la tierra es netamente urbana. El campo es cultivable por pocos hombres y menos máquinas, y hemos pasado de la sociedad de la información a la del conocimiento, y la globalización ha hecho del mundo una aldea, reduciendo a casi nada el tiempo y la distancia. Y el valor se ha trasladado de la materia prima al ingenio, a la capacidad de innovar e inventar. Hoy en día, al hacer la contabilidad de una empresa valen más los intangibles que el patrimonio físico. Avanzamos hacia un mundo metafísico, aunque nos resistamos a creerlo e, incluso, a aceptarlo. El sueño de Jorge Luis Borges de un libro de arena ya es un hecho: el ciberespacio; mientras de todas las premoniciones de Julio Verne, ya no falta ni una por cumplirse: el hidrógeno será la fuente de energía del futuro inmediato. La realidad ha ido detrás de la literatura fantástica que, paradójicamente, con el paso de los años se torna en realismo, realismo mondo y lirondo.

Ese nuevo mundo al que accedimos es el que aún no ha terminado de configurarse, y seguramente ese aún será su sino: nada cambia tanto como el cambio en nuestros días. Es cierto que fuerzas reaccionarias se resisten al avance, pero al fin y al cabo ocurrirá lo que siempre ha pasado: que de pronto las sociedades irrumpen y despachan al olvido a quienes pretenden introducir las en una horma pequeña para el tamaño de sus huellas.

La nueva literatura venezolana está por metabolizar todos estos hechos que se han precipitado, pero tengan la seguridad de que cualquier intento que se haga por formar un *corpus* que exprese la psique del venezolano de nuestro tiempo, pasará por adentrarse en el laberinto de la ciudad. Ya es ineludible. En ella está nuestro reto como comunidad que busca implantar su proyecto histórico: el de una república democrática; y en ella bulle el otro desafío que nos interpela: conciliar en un solo patio la diversidad de nuestros orígenes, sin que ninguno de ellos se imponga sobre otro, en la fórmula de nuestra combinatoria.

Quiero concluir este discurso rindiendo un homenaje a la primera Academia a la que concurrí: la casa de mis padres. Aquel gimnasio de la lectura, al que doy gracias a Dios todos los días por haber pertenecido, estaba integrado por mi padre, a quien nombré al principio de este discurso, que arbitraba la palabra y calmaba los ánimos, con su proverbial humildad y su sabiduría; mi madre, Anita Lucca Romero de Arráiz, que había leído todos los libros y declamaba poemas como nadie; mi tía abuela, Leonor Romero Zuloaga de Quiroba, que hablaba de los personajes de la historia de Venezuela como si se tratara de familiares cercanos, y era galleguiana; y mis hermanas mayores, Mariana, Elisa y Leonor, que terciaban en las discusiones que yo presenciaba absorto y fascinado, desde mi infancia entre adultos: escuchando, escuchando, escuchando.

Muchas Gracias.

La ciudad, como construcción comunitaria, a medida en que se avanza hacia la modernidad, es forzosamente un ámbito que obliga al juego de deberes y derechos, de respeto y tolerancia, y nuestro espíritu atávico, el menos educado que nos coloniza, hala la cuerda hacia sus impropiedades y sus arbitrariedades. Quizás la dificultad mayor en el diálogo literatura y ciudad entre nosotros, estriba en que el tránsito lo hicimos muy rápidamente, como una exhalación insuflada por la espita petrolera, y todavía estamos metabolizando el envión que dimos en apenas dos generaciones, cuando pasamos del machete y el caballo, al automóvil y el teléfono celular.